

Por esta razón propiciamos que cada servicio de enfermería, grande o pequeño, esté alerta a los hallazgos y recomendaciones emanadas de los Centros de Experimentación ya establecidos. Además el servicio mismo debe transformarse en un "Centro de estudios" permanente, donde se aplique con sentido crítico constructivo lo recomendado, se hagan rectificaciones y se planteen nuevas interrogantes, para ser estudiadas y resueltas.

La auditoría en enfermería entra a desempeñar un rol trascendente en la tarea.

Si se juntan los espíritus, las mentes y los esfuerzos en una empresa organizada destinada al bien de los enfermos y las familias, contribuiremos poderosamente a que las horas o minutos de nuestro cotidiano trabajo con ello sean dedicados plenamente a la entrega de una enfermería definida y auténtica.

## BIBLIOGRAFIA

1. Comisión Económica Para América Latina. Naciones Unidas. *Cifras Sobre la Población Mundial*. Servicios de Información de la CEPAL. 31-8-65. Santiago Chile, 3 pág.
2. Consejo Internacional de Enfermeras. *Principios Básicos de los cuidados de Enfermería*. Organización Mundial de la Salud, Publicación, N° 57, 1961, 56 pág.
3. "Enfermeras y Enfermeros". *Salud Mundial*. Número Especial. Diciembre 1963. Editorial, pág. 2.
4. Krebs Doris. *Necesidades y Recursos de Enfermería en Chile*. Santiago-Chile, 1961, 79 pág. (I Parte).
5. Levine Eugene. "Some Answers to the "Nurse Shortage"". *Nursing Outlook*. Vol. 12 - Number 4. March 1964. págs. 30 a 34.
6. Peake G. Gladys. "Programa de desarrollo de la Enfermería para satisfacer las necesidades de la población" *Enfermería*. Órgano Oficial del Colegio de Enfermeras de Chile. Año 1 - N° 3, septiembre, 1965. Págs. 15 a 18.
7. "Por qué persiste la escasez de enfermeras". *El Hospital*. Vol. 21, N° 5. Mayo, 1965. Editorial, pág. 7.
8. Tschudin, Mary S. "Educational Preparation Needed by Nurse in the Future". *Nursing Outlook*. Vol. 12. Number 4 - abril, 1964. Páginas 32-35.

## C A R A C T E R Y D E S A R R O L L O

por el prof. ALBERT WELLEK

De la Universidad de Maguncia

Apenas disponemos hoy de una teoría científica de la evolución del carácter, de una caracterología de tal evolución. En todo caso no disponemos de ella en forma satisfactoria. Generalmente el desarrollo del conjunto de la personalidad —no sólo de la esfera del carácter— suele reducirse al juego dialéctico de dos distintos factores fundamentales a los que se suele designar con diversos nombres: acervo hereditario y ambiente, lo heredado y lo adquirido, disposición natural y medio vital. Menos importante es la cuestión de si las cualidades y disposiciones, de naturaleza tanto física como psíquica, dadas en el momento de nacer, deben considerarse como heredadas o si en parte son ya adquiridas como secuela de la evolución en el seno materno, o "medio intrauterino", según la expresión técnica. Si excluimos esta cuestión especial siempre nos quedará el de distinguir, a partir del día del nacimiento, entre disposición natural e influjos del medio, lo que, por lo regular, es bien problemático. El modo y manera cómo un recién nacido se inserta y crece en un "medio" civilizado y culto —ya se trate de una alta cultura o de la cultura primitiva de los pueblos elementales—, es decir, cómo el pequeño ser se comporta con los demás y con-



sigo mismo, cómo se “conduce”, aprende a hablar, a jugar, a trabajar, a leer y escribir, etc., todo esto es un proceso tan complejo y complicado, que no puede reducirse simplemente a la “impronta” del medio o contorno vital. Sobre todo cuando el insertarse y desarrollarse y ser adoptado de un ser dentro de la tradición y la lengua —de la lengua materna— es algo más que un simple influjo del medio. Por lo menos las medidas conscientes de educación de parte del “medio”, de la familia por lo pronto en este caso, representan a menudo sólo un papel subalterno. Precisamente los buenos educadores dan preferencia para la edad más temprana al sencillo “dejar desarrollarse”.

Ahora bien, nunca ha existido unanimidad sobre el valor relativo de los factores de herencia y disposición natural frente a los factores del medio . . . en cuanto es posible disociar con rigor ambas cosas teóricamente. Y lo que es peor: ni siquiera existe unanimidad general sobre el problema de si las cualidades psíquico-espirituales o “características” son sencillamente heredadas o son hereditarias, lo que evidentemente vale para las físicas y no puede ser discutido. Sobre todo el empirismo inglés de los siglos xvii al xix, del que proceden la psicología y la biología actuales, y por él están aún fuertemente influenciadas, veía al ser humano en su origen, al nacer, como una “tabula rasa”, como una hoja en blanco, en la que sólo la experiencia, la vida, es decir, un montón de influjos del medio en irregular sucesión, va dejando su impronta y sus anotaciones. A este concepto del desarrollo se le llama también, en la teoría de la evolución, empirismo, al considerarse que la experiencia lo es todo, mientras la herencia poco o nada significa, en contraste con el punto de vista opuesto: el nativismo. Ahora bien, en la esfera física, el nativismo, como hemos dicho ya, tiene evidente e indiscutible razón. La afirmación de que, no obstante, en la esfera psíquico-espiritual tiene razón el empirismo, da lugar a patentes dificultades y contradicciones. Si hay una unidad de cuerpo y alma, una “totalidad psico-física”, lo que es difícil negar, no se comprende bien por qué sólo el cuerpo estaría sometido rigurosamente a leyes de la herencia o normas hereditarias, permaneciendo el alma completamente libre de todo esto. Ello presupondría una curiosa mística cuerpo-alma, que encaja mal en la filosofía del empirismo precisamente, es decir, en una filosofía de la experiencia. Añádase que justamente desde el punto de vista empírico, en la experiencia científica exenta de prejuicios, disponemos de toda una serie de argumentos en contra. Sobre todo desde los innovadores y revolucionarios trabajos del biólogo, psicólogo y estadístico inglés Francis Galton (un primo de Charles Darwin), la investigación biológica de la herencia ha laborado también en la esfera psicológica y ha demostrado, con un volumen abrumador de pruebas, que las dotes por lo menos —talento y genio— dependen en gran medida de la



herencia. Se encuentran acumuladas, por ejemplo, en determinadas familias. Otro tanto puede decirse en lo que se refiere a la esfera del carácter, sólo que aquí la prueba empírica es mucho menos fácil de aducir. Sin embargo, también en esto ha hecho posibles buenos avances la investigación de los mellizos, es decir, la comparación sistemática entre mellizos de un óvulo y mellizos de dos óvulos. Los primeros son considerados como hereditariamente iguales o "idénticos", los segundos como relativamente distintos (como cualquier clase de hermanos) en lo hereditario y consecuentemente se debe suponer que las características y las funciones hereditariamente condicionadas deben coincidir en mayor medida en los mellizos de un óvulo que en los de dos. Ha podido así demostrarse, por ejemplo, que los de un óvulo, en sus movimientos, en sus posturas para dormir, para buscar un objeto en un terreno irregular, en su estado de ánimo en las distintas horas del día, etc., se asemejan mucho más que los de dos óvulos.

A pesar de todos estos resultados, se ha mantenido durante largo tiempo —incluso hasta hoy— el prejuicio de que un recién nacido puede poseer ya algo de funciones reflejas, sensibilidad de los sentidos y demás capacidades por completo elementales, pero nada, en absoluto, de las cualidades o peculiaridades propias del carácter. Y, sin embargo, la observación comparada exenta de prejuicios nos enseña que recién nacidos, ya desde los primeros días, se diferencian esencialmente por su temperamento. En condiciones de igualdad de buena salud y alimentación, por ejemplo, lloran mucho o poco, alto o bajo, en forma continuada o por sacudidas, subsistiendo la diferencia más tarde en la gesticulación, etc. Quiere con esto decirse que las cualidades temperamentales, simplemente la vitalidad y la vida afectiva, son evidentemente y en la medida más amplia, de naturaleza ingénita, lo que, por lo demás, va de acuerdo con los resultados de la investigación sobre los mellizos en lo que se refiere a los estados de ánimo y los movimientos, ya que éstos son también, en el más lato sentido, cosa temperamental.

Pero claro que de todo esto no vamos a concluir, generalizando, que el ser humano llega al mundo con carácter ya hecho, listo, concluso. El temperamento, aun tomándole en el sentido más lato, es evidente que sólo constituye un aspecto del carácter: su fundamento más elemental y primitivo. El carácter como totalidad no adviene listo y acabado al mundo, ciertamente. Lo que hace del hombre un carácter, una personalidad, es el desarrollo, y más tarde la formación cultural, acaso, si tuvo la suerte de que se le facilitara.

La formación cultural y el desarrollo no son una y la misma cosa, así simplemente y sin más. Nuestros clásicos, sin embargo, han hecho de la "cultura" un largo uso y un holgado concepto, en un sentido de configuración, de forma-



ción. Hoy, en cambio, entendemos por cultura en sentido educativo, por educarse, algo de menor amplitud: un enfrentarse con el mundo de índole activa, un apropiarse, un aprender en el más lato sentido, un entrar en discusión, incluso en conflicto, cabalmente y sobre todo, con el medio y la tradición y por ello mismo con el llamado "patrimonio cultural". Desarrollo, en cambio, es formación entendida en el amplísimo sentido primario. El desarrollo se realiza, por lo menos en parte —y justamente en la más esencial— sin que en él participe la persona misma, ni otras personas: por sí solo, por así decirlo. Acaece, sencillamente, es un acaecer en sentido completamente distinto al más ceñido de la educación tal como hoy la entendemos con su activo debatir entre las personas y el mundo, el mundo histórico sobre todo.

Ahora bien, el desarrollo no es algo así como una accidentada marcha de las disposiciones nativas o hereditarias a través de una interminable cadena de influjos del medio o "improntas". Lo que en la teoría del desarrollo se entiende por impronta no es una receptividad pasiva de influjos "exteriores", sino un juego activo del individuo con su equipo hereditario, en su mera aptitud de esbozo en adherencia y su plasticidad, frente a todo lo que en forma de mundo, medio, contorno, paisaje, familia, comunidad, lenguaje, tradición, convención, costumbre y educación, se le viene encima y que, sin embargo, está en él y desde él pugna por manifestarse.

Se añade, muy esencialmente, el que el acaecer del desarrollo posee, naturalmente, una dinámica propia, es decir, que por ingénita ley y necesidad, se adelanta con su impulso en determinados rasgos generales. También hay aquí diferencias individuales, pero no bastan para dar ya conclusa la peculiaridad de un carácter: contribuyen a ello marginalmente todo lo más. En general, en todo ser humano el desarrollo sigue, con espontaneidad y naturalidad, ciertas líneas fundamentales que le delimitan, y sobre todo pasa por grados y fases, exactamente lo mismo que su desarrollo físico, al que está subordinado y con el que alterna.

Rige aquí que el desarrollo personal o individualidad no se detiene, psicológicamente por lo menos, al alcanzarse la madurez —al final de los veinte años en el ser humano, generalmente— sino que prosigue, si bien en forma relativamente imperceptible, en las siguientes décadas, hasta desembocar, finalmente, dada una suficiente duración de la vida, en las fases de la involución. Suelen éstas designarse como climaterio, antes sólo para el sexo femenino, hoy también para el masculino. Sigue en ambos sexos la senectud, que es época de involución igualmente.

El climaterio, conocido y temido como edad crítica, tiene su precursor, con signo inverso, positivo por lo tanto, en la juventud, donde es designado como



crisis de la pubertad o la madurez. Según esto podríamos interpretar el curso entero de la vida humana como articulado, en cierto modo simétricamente, en cinco grandes fases: 1. infancia, 2. juventud (con crisis de pubertad), 3. madurez, 4. climaterio, 5. senectud. Las dos primeras fases, que más o menos desembocan en una crisis, se sitúan bajo signo ascendente, la tercera, se mantiene igual a sí misma en cierto modo en el nivel alcanzado o alcanzable, y las dos últimas, que se inician con una crisis, desembocan en la declinación. Esta es la simetría a que me refiero.

Ahora bien, el desarrollo en sentido estricto, es decir, el de las dos fases (las dos primeras) del desarrollo ascendente hasta la madurez, pueden a su vez articularse con mayor o menor precisión en fases, no sólo subdividirse simplemente en infancia y juventud. Pueden resultar aquí nuevamente cinco fases como sigue:

1. Edad de la lactancia, 2. primera edad obstinada, 3. infancia propiamente dicha, 4. segunda edad obstinada o "prepubertad", 5. pubertad o años de maduración. Son éstos llamados a menudo "años de madurez", lo que puede dar lugar a confusiones. Según el sentido literal de la palabra la época de "madurez" viene, con la madurez alcanzada, precedida de la maduración, es decir, de la pubertad.

Tanto la pubertad como su precursora, la prepubertad, son fenómenos conocidos de todos. A la prepubertad en los muchachos suele llamársele edad de la impertinencia (*years of indiscretion*), en las muchachas edad tonta (*teenagers thirteen to nineteen*), aunque sólo "muy imprecisamente". La versión de una "segunda edad obstinada", que procede de una visión más bien científica y que puede incluir también a la pubertad propiamente dicha o "pubertad temprana" tiene presente lo que aquí constituye el incisivo punto esencial: la rebelión contra la autoridad y la educación, generada, en la mayoría de los casos, por una inquietud interior toda impulsos. Está condicionada fisiológicamente por la gran irrupción hormonal, verdadera "borrasca", de la madurez sexual incipiente. La designación como "segunda edad obstinada" alude al mismo tiempo a una fase anterior comparable: la "primera edad obstinada", menos llamativa y menos conocida.

Datar todas estas divisiones por años y meses es arriesgado y es evitado cada vez más por los expertos objetivos y prudentes. Puede, no obstante, señalarse, con alguna seguridad, para la "primera edad obstinada", el período entre la mitad de los tres y los cuatro años. Algunos niños —con distinto temperamento, etc.— desarrollan con distintos grados de intensidad y duración la actitud obstinada a que aquí nos referimos. Algunos, que a veces ya cuando tienen un



año son obstinados, tercos, lo son aún más en esta "fase obstinada" y transcurrida ésta se mantienen así, acaso durante toda la vida. En los casos normales, sin embargo, la tendencia a las reacciones obstinadas se manifiesta aproximadamente en el momento indicado, en forma patente y relativamente repentina, para luego atenuarse y desvanecerse, también en forma relativamente rápida. Se ha buscado la explicación de este fenómeno en lo siguiente: el niño —por lo común en la segunda mitad del tercer año de su vida— tiene un sentimiento ("conciencia" sería demasiado decir) de su propia vigencia, de su "importancia", de su diferencia, de su ser distinto, sentimiento, a la vez de que uno mismo puede querer algo, y procura acentuar esto, realizarlo, mas no tiene aún suficiente visión, sobre todo carece de "previsión" para reconocer los límites de sus posibilidades y por miedo al castigo, por ejemplo, imponerse moderación. Entra así, una y otra vez, en conflicto con los que le rodean, yéndose de bruces y aferrándose a su "terquedad".

En la "segunda edad obstinada", la de la prepubertad, que se sitúa de 8 a 10 años más tarde, las cosas adquieren una fisonomía completamente distinta. Por lo regular, es decir, en el desarrollo "normal", la visión racional es ya lo suficientemente amplia. Ahora bien, hace aquí explosión, en cambio, el factor de la inquietud vital, a cuyos fundamentos fisiológicos ya hemos aludido. Sobrevienen así tensiones de índole distinta por completo, es decir, no sólo contra el medio, contra el tutor, contra el que educa e impone disciplina, sino en el joven mismo, que tiende a disociarse y aislarse, también en grupos con sus iguales, lo que da lugar a las tan mentadas pandillas juveniles. Especialmente en la prepubertad surge así un estado de fuerte inarmonía de la persona, a menudo con rasgos de disgusto, incluso de mal humor. Hasta seres inclinados por naturaleza al tipo ciclotímico, vibrante y comunicativo y extravertido por lo tanto, se vuelven en esta fase relativamente esquizotímicos e introvertidos, recogidos sobre sí mismos en un estado de disensión y tensión. Claro que los ya por naturaleza esquizotímicos e introvertidos son fuertemente asidos por la "crisis de la pubertad" e impulsados aun en la dirección de su propia tendencia.

Ahora bien, debemos insistir en que no todos los individuos sienten en igual medida —incluso en medida visible y observable— la crisis de la pubertad. Según ha podido probarse, el horizonte social y cultural representa aquí también su papel, además de las diferencias individuales y tipológicas. No hay la menor garantía, por ejemplo, de que los pueblos primitivos de la más diversa índole conozcan la crisis de la pubertad. También en el mundo de nuestra cultura es innegable, por ejemplo, que la selección de jóvenes que puebla las universidades ha pasado por un más largo período de desarrollo y en él experimen-



tan la crisis de la pubertad con intensidad mayor generalmente. Y ello ya por el simple hecho de que tienen más tiempo para dedicarse a sí mismos y para su crecimiento espiritual, sin verse lanzados a la lucha de la profesión y la pugna por la existencia justamente en los años de la gran irrupción hormonal. Dicho con otras palabras: los jóvenes universitarios son "conservados" . . . precisamente para la "crisis". Pero cabalmente esto no es una desventaja, por el contrario: constituye una ventaja. Pues así la crisis es resistida y superada, sin que, por ejemplo, se convierta en un estado permanente. En este caso positivo tiene su sentido, con la secuela de una más rica personalidad. Precisamente la "alta pubertad", que inicia una rearmonización, es descrita como una vuelta al sentido de convivencia en los jóvenes.

Las mejores y más fecundas descripciones de este acaecer del desarrollo son las obtenidas especialmente sobre la base de experiencias y observaciones en este estrato de los jóvenes universitarios. Sobre todo por Eduard Spranger en lo que se refiere a los varones y por Charlotte Bühler en lo que concierne a las muchachas, valiéndose de diarios y parecidos testimonios. Esta fase de crisis y la anterior de la primera edad obstinada son ambas calificadas de "fases negativas", debiendo entenderse, sin embargo, que en los casos normativos el tránsito a través de esto negativo tiene su aspecto positivo. En el posterior curso de la vida el climaterio es también una fase negativa de este tipo a la que ha de seguir, en caso favorable, el equilibrio, incluso la "perfección" del senior o de la matrona. Pero que no siempre sigue, desgraciadamente (pues la vejez no protege contra la necesidad).

Hemos indicado ya que el desarrollo responde generalmente a las reglas aquí esbozadas, pero en lo individual de modo y manera bien distintos. Débese ello al hecho de que este principio configurador del desarrollo, por su índole delimitadora justamente, según el legado hereditario que un ser humano trae consigo, en cierto modo ataca a un material distinto, obteniendo de él, en cada caso, distintas reacciones o réplicas. El tipo temperamental, por ejemplo —ciclotímico o esquizotímico, vibrante o disenso—, se basa principalmente en factores hereditarios. Actúa de modo distinto —como hemos explicado ya brevemente— sobre la crisis vital o época crítica de la pubertad. O dicho a la inversa: la crisis de la pubertad transforma una de las disposiciones temperamentales de modo distinto que la otra, amortiguando el ímpetu de la vibrante y agudizando la disensión de la disensa. Vale esto igualmente, como ya se ha indicado, para la primera fase crítica, menos perceptible y más breve: la infantil de la edad obstinada. A un niño cuya disposición responde, en virtud de un temperamento vital ingénito, al impulso voluntarioso y al ávido ambicionar, al mismo tiempo que a la imperiosa necesidad de satisfacer sus deseos por en-



cima de todo, le veremos con especial frecuencia en esta fase fuerte y persistentemente "emperrado" y acaso no encuentre salida a esta actitud de obstinación "en toda su vida". Un niño dulce y flexible por disposición natural, en cambio, sólo con escasa intensidad y sólo transitoriamente se mantendrá en esta actitud. Tanto en el uno como en el otro caso se añaden con virtud modificadora al temperamento heredado las primeras experiencias de la vida, que por lo regular agudizan o confirman la disposición hereditariamente condicionada y rara vez la frenan o neutralizan. Con el correr de los años estas experiencias se transforman en lo que se designa como la biografía de la persona. Es decir, en la conexas cadena de acontecimientos que cobra significación como totalidad, que a menudo irrumpen imprevisiblemente "desde fuera" y no están contenidos ni previstos en su destino heredado, ni en el acaecer de su desarrollo natural al ser pura y simplemente destino, acontecer histórico.

Se entretrejen, pues, herencia, desarrollo natural, destino vital y su réplica, y más pasivamente, influjos del medio de toda clase en una abigarrada y animada urdimbre que por sí sola, sin embargo, no nos da —como resultante previsible, por así decirlo, de todos estos factores y líneas— el carácter de un ser humano. Antes bien, en casos normales a partir de la pubertad ocurre la extraña cosa de que el ser humano despierta hacia sí mismo y su propia determinación: a esto aludimos al referirnos al "hallazgo del yo" en el joven ser. Según la consideración determinista este "yo" sería sólo una resultante, una urdimbre o conglomerado de patrimonio hereditario, desarrollo y biografía vivida ya. Ahora bien, el hallazgo del yo tiene la significación de un enfrentarse del yo mismo a todo esto —posiblemente contra todo esto— como algo independiente, apto para la libre decisión. El ser humano se convierte por tal manera en un ser humano cabalmente, en un yo o un carácter que por obra propia, actuando, se encara con el material biológico y biográfico que le es dado, añadiendo su intervención configuradora en el proceso de su acaecer. Sólo la mencionada pasividad del pensamiento típica del empirismo puede negar este hecho o discutirle como una ilusión del individuo no libre factualmente. La impronta se convierte aquí en impronta por obra propia. Además de la voluntad hacia afuera, de la voluntad como actividad y superación, el hombre dueño de un "carácter" desarrolla, a partir de los años de madurez, una voluntad "hacia adentro", es decir, dirigida hacia sí mismo y sobre sí mismo, que podemos designar como voluntad personal. La voluntad personal obedece a un esbozo de configuración propia en el sentido de un ideal del yo, y se somete a veces a duras pruebas de capacidad para alcanzarle o realizarle.

Así, el carácter de una persona en su madurez, cuando se ha alcanzado y lo-



grado la "individuación", no es mero carácter hereditario, tampoco es simple destino condicionado por el medio, ni es sólo el resultado de un desarrollo natural que obra por su cuenta: es, ante todo, propio desarrollo o "autogénesis". La propia obra configuradora es lo cabalmente humano.

"Se ipsam per se ipsam novit", dice San Agustín del alma ("el alma se conoce a sí misma por sí misma"). Del carácter podría decirse: "Se ipsam per se ipsam facit" ("el carácter se hace por sí mismo").

## noticias universitarias del interior

### *Aprobada creación del Instituto de Ciencias y Tecnologías de Alimentos*

El Consejo de la Universidad de Chile aprobó recientemente el proyecto que crea el Instituto de Ciencias y Tecnologías de los Alimentos, dependiente de la Facultad de Agronomía.

Este Instituto está destinado a la investigación de métodos de conservación, preparación, presentación y otros, que permiten proporcionar a la industria los adelantos para cooperar con el mejoramiento del estado nutritivo de la población. Con este Instituto estarán conectados todos los centros e instituciones de las diversas Facultades que investiguen materias relacionadas con alimentación y nutrición.

El nuevo organismo contará con ayuda técnica y financiera de la NU a través de sus instituciones especializadas.

### *Reelegido Decano de Medicina Veterinaria*

El prof. Ramón Rodríguez Rodo fue reelegido Decano de la Facultad de Ciencias Pecuarias y Medicina Veterinaria, en un acto efectuado en la sala de nuestro Consejo Universitario el 4 de marzo pasado. El Decano se recibió de médico veterinario en 1932 y ese mismo año obtuvo el cargo de ayudante de microscopía. Además del decanato, el prof. Rodríguez ejerce en la actualidad los cargos de Director del Departamento de Relaciones Universitarias y secretario de la Junta de Becas.

### *Becas en la RFA para profesionales, estudiantes y egresados chilenos*

Para honrar la memoria del profesor alemán Max Westhofer, fallecido hace algunos años, y su labor dedicada a la formación docente y a la patología chilena, el Servicio Alemán de Intercambio Académico creó una beca anual que será otorgada a un médico chileno. La primera la ha obtenido el Dr. Alfonso Escribano. Asimismo, por primera vez en el año en curso 9 profesores de gimnasia y funcionarios del deporte chilenos obtendrán una beca en las universidades de deporte de Berlín y Colonia.

En total, el Gobierno de Alemania Federal destina actualmente 75 becas a jóvenes chilenos, las que cubren en su totalidad los gastos de viaje y de estadía en Alemania.

### *Becas U. de Ch. —OEA*

La Universidad de Chile y la Unión Panamericana han firmado un convenio destinado a mejorar la calidad de la educación musical en el continente. El convenio fue firmado el 14 de febrero en el edificio de la Unión Panamericana por el señor José A. Mora, de la OEA, y por el señor Alejandro Magnet, Embajador de Chile ante aquélla. El acuerdo instituye becas e instrucción especializada, las que serán ofrecidas por la Universidad de Chile en cooperación con el Instituto Norteamericano de Educación Musical. Los cursos estarán abiertos a profesores de música de todos los estados miembros de la OEA.